

El misterio indescifrable

Serían alrededor de las 2 de la mañana en Mansania, una ciudad muy transitada un poco más allá de Navarra, rozando el Pirineo. A pesar de ser una hora tardía, el policía científico Pedro Escobar, seguía inmerso en sus investigaciones acerca de un asesinato en serie, uno que había atemorizado a la zona. Se trataba de un caso nunca antes visto en España, y por supuesto lo desconocido trae inquietud. El policía aspiraba a conseguir las pruebas necesarias para descubrir el final de este túnel en el que Mansania se había sumergido sin siquiera pretenderlo. Su compañero de investigación, Tomás Herrera, se había ido a descansar hacía ya más de una hora, ahora mismo estaba solo en esto. Hasta ahora, las pruebas que poseían eran amplias, pero aún no ataban cabos para darle fin al problema.

A las 9 de la mañana, Escobar se puso en pie tras las a duras penas cuatro horas en las que había podido pegar ojo. Se vistió con su uniforme y se dirigió a donde había pasado la última semana la mayor parte de su tiempo, el sitio donde encontraron a la primera víctima, no sin antes dejarle una nota a Tomás de que acudiese cuando se despertara. Al llegar al lugar, tuvo que pasar por debajo de todas esos límites policiales que prohibían el paso, finalmente pudo observar aquel callejón, tal y como lo encontraron, obviando que el cadáver ya no estaba. Hizo lo que ya integró como parte de su rutina, se sentó en el sucio suelo observando todo con rigurosidad para que no se le escapasen detalles, a la espera de que nuevas ideas vengan a él. Pensó en todo lo que había encontrado hasta ahora: todas las víctimas eran mujeres de entre veinte y treinta años, la primera fue la más joven y la última la mayor. Todas ellas tenían en común una cosa, cuando las encontraban, no poseían ningún símbolo de agresión, sus cuerpos se encontraban intactos, no había marcas ni en las muñecas ni en los tobillos de haber batallado contra una soga, no tenían índices de agresión sexual, no padecían heridas de apuñalada o tortura. Sus esbeltos cuerpos estaban desnudos, pero no parecían haber sufrido antes de su muerte. Cuando mandaron los análisis para saber si era veneno la causa de su fallecimiento, la respuesta no fue otra que negativa; las víctimas no habían sido agredidas, envenenadas o violadas. Era absurdo, por más que Escobar le diese vueltas y vueltas en su cabeza, no había nada, no era científicamente posible que se te pare el corazón repentinamente sin que haya una causa. También revisaron la opción de que casualmente todas las víctimas tuviesen un historial médico que implicase problemas cardíacos y al tratar de secuestrarlas un infarto les llevó a la tumba, pero nada, todas ellas estaban sanas. El policía ya se había dedicado a analizar personalmente cada muestra de ADN de cualquier individuo que había estado en aquel callejón antes que la víctima, pero no encontró nada útil.

Escobar se percató de que los ladrillos tenían un patrón, se intercalaban uno claro y uno más oscuro entre sí, los estuvo observando un rato más hasta que llegó a uno que no estaba en su sitio, uno que no seguía la combinación. Se levantó de su no tan cómodo sitio y se dirigió a este dispuesto a comprobar por qué se hallaba mal colocado. Al acercarse pudo darse cuenta de que no estaba encajado con los demás, si tiraba con fuerza podría sacarlo; y así lo hizo, tiró y tiró hasta que salió disparado por la inercia. Tras él, además de mucho polvo y arañas, encontró un papel, uno muy bien doblado que aparentemente no llevaba allí mucho tiempo. Al desdoblarlo, encontró lo que parecía ser una dirección:

C/ Hijo del Mar

34C 4ºD

¿Qué significaba eso? Inmediatamente Pedro corrió a su coche para buscar el mapa de la ciudad, buscó tal calle, por todos lados, pero ninguna se llamaba de tal manera, por lo que se subió a su coche y se fue a su laboratorio improvisado en casa. Una vez llegó, apresurado, subió las escaleras, se sentó en su vieja silla y puso el papel sobre su mesa. ¿Sería la dirección de otra ciudad? Nunca había escuchado tal calle por los alrededores. Mientras él estaba en su apogeo de ideas, Tomás se adentró en la habitación, aún con su café humeante y con su uniforme puesto. Le tocó el hombro a su amigo y este dio un pequeño salto por el susto.

– ¿Qué has encontrado, amigo? – dijo el reciente intruso.

– He descubierto esta dirección tras un ladrillo que no cuadraba con el resto, mas la he buscado y no he podido dar con ninguna que se asemeje. – soltó en un suspiro.

– ¿Hijo del Mar? ¿No es ese el hijo de Poseidón? Cicno se llamaba, si mal no recuerdo – agregó desinteresado.

Escobar retomó su búsqueda en el mapa, esa calle le sonaba mucho más, si no se confundía, estaba por el norte.

– ¡Bingo! ¡Tomás eres un genio! ¿Vienes conmigo a visitar este sitio? – dijo entusiasmado.

– Está bien, solo deja que me termine mi café y partiremos para esa zona – contestó.

Mientras Pedro determinaba más a fondo la ubicación exacta, Tomás se dedicaba a beberse su café aún ardiendo. Cuando finalizó su cometido, ambos se encaminaron al coche como bien habían acordado. Escobar conducía y Herrera le guiaba por aquellas tortuosas calles.

Al llegar al portal que el papel indicaba, aparcaron como pudieron en cualquier hueco de la zona. Estaban los dos de pie junto a la puerta, preguntándose si llamar o no, finalmente Pedro pulsó en timbre esperando que hubiese alguien allí dentro. Pasaban los minutos y nadie abría la puerta, se dieron la vuelta con intenciones de marcharse decepcionados, cuando la puerta se abrió una pulgada.

– ¿Quién anda ahí y qué queréis de mí? – preguntó una voz ronca pero suave, parecía que llevaba un tiempo sin hablar.

– Buenas tardes señor, yo soy Tomás Herrera y mi compañero es Pedro Escobar, venimos de parte del equipo de investigación de la policía, solo queremos hacerle unas preguntas, no se preocupe – dijo Tomás mientras sacaba su insignia de identificación policial.

El aludido terminó de abrir la puerta dando vista de su aspecto, un señor de entre cuarenta y cinco y cincuenta años; estaba desaliñado y poseía unas ojeras ostentosas que reflejaban su falta de sueño. Entraron a la casa, una un poco desordenada pero sin exagerar, constaba de dos plantas: la baja, que constaba de un salón espacioso y una cocina, y la de arriba que supusieron que eran las habitaciones.

– ¿Quieren algo de beber? Pueden sentarse en el sofá. – consultó el anfitrión.

– No es necesario, pero si nos complacería que nos prestase unos minutos – habló por primera vez Escobar.

– Por supuesto, ¿qué se les ofrece?

– Estamos aquí para tratar el tema de los recientes asesinatos por la zona, en concreto en el de Clara Ramírez, es decir, el primero. – Aclaró Escobar – ¿Nos podría indicar su nombre por favor?

– Me llamo Carlos Zamora, y siento decirles que poco sé yo de aquella tragedia. – Se removió incómodo.

– Nos gustaría que aclarase ese “poco” que ha mencionado. – Dijo Tomás.

– Verán... Aquel día iba caminando de vuelta a casa tras una agotadora jornada laboral, sobre las 15:30 cuando pasé por aquel lúgubre callejón, como de costumbre. Pero ese día fue diferente, no había personas trapicheando sustancias ilegales o consumiéndolas, estaba inquietantemente tranquilo, al principio me alegré de no tener que pasar miedo cuando pasase por allí, pero, me percaté de que de él salía un hombre, mi estómago se revolvió y un pánico irracional me llenó de pies a cabeza. Aquel escalofriante hombre tendría más o menos su complexión, señor Escobar, se parecía a usted, pero daba unas vibras muy diferentes a las que da usted. Tras ese acontecimiento, corrí en dirección a mi casa, que milagrosamente era el lado contrario al que aquel hombre se dirigía. Para aclarar, no me fijé en el interior del callejón, mi instinto de supervivencia superó con creces a mi curiosidad y ni siquiera me planteé echar un vistazo. Hasta el día de hoy me arrepiento de no haber comprobado lo que pasaba en aquel callejón. – Esto último lo dijo con una voz temblorosa, probablemente tuvo un par de escalofríos durante su testimonio.

– Está bien don Carlos, sabemos que ha debido ser duro recordar tales hechos, le agradecemos su participación. Pero, ¿cómo explica que su dirección estuviera en la escena del crimen? – Preguntó Escobar.

– ¡¿Cómo que mi dirección estaba allí?! Creía que me habíais visto por algunas cámaras o algo así.

– No señor, su dirección estaba escondida tras un ladrillo. – dijo Herrera.

– ¡No lo puedo creer! ¡¿Y si me vio?! ¡¿Ese loco conoce mi dirección?! – Exclamó alterado.

– Mandaremos una patrulla para proteger su domicilio, lo más probable es que ese loco quería que nos viésemos las caras, es decir, que volvió más tarde a la escena del crimen. – Aclaró Pedro. – Que descanse señor Carlos, por ahora no tenemos más preguntas.

Ambos policías se levantaron y se dirigieron a la puerta. Cuando el señor Zamora cerró la puerta, dejaron caer un suspiro al aire. En el camino de vuelta a casa hubo un silencio inquietante, pensaron en todo lo que habían obtenido de este encuentro: el culpable era un hombre de alrededor de cincuenta años, corpulento como Escobar y de aspecto parecido. El asesinato se produjo sobre las 15:30 y no hubo más testigos además de aquel que ya habían interrogado, y el asesino regresó más tarde a dejar aquella nota. Por lo menos algo es más que nada.

Los policías estuvieron uniendo puntos en su despacho en la casa hasta que Tomás se retiró al departamento de su novia, esta noche se quedaría Escobar solo. Al caer la noche, Escobar se levantó al fin de su deteriorada silla para ir a servirse un café bien cargado y un bocadillo como cena. Mientras esperaba que el agua hirviera, le pareció escuchar unos sonidos sospechosos en su sala, pero no le dio importancia, a fin de cuentas se encontraba solo en casa. Cuando tuvo todo su repertorio listo, regresó a su lugar de investigación, esta noche no se acostaría hasta altas horas en la madrugada si es que dormía algo. Al sentarse en su silla con ruedas, se dio la vuelta para mirar su corcho llenó de fotos hilos y preguntas sin respuesta, así podría estar durante horas, pero una vez que le puso el ojo encima, se le bajó la tensión, sentía que se le fue el aire y no podía respirar. Aquellos hilos que solían estar sueltos ya que no había sospechosos, estaban tensados, todos apuntando a un mismo objetivo, una foto suya que no recordaba haberse sacado nunca. ¿De qué se trataba todo esto? ¿Sería una broma de su compañero de piso? Si era así estaba verdaderamente impresionado, ni siquiera lo había escuchado entrar. Miró hacia la puerta, y le pareció ver una cabeza esconderse tras ella, definitivamente era una broma.

– Tomás sal de ahí, ya te he visto, que sepas que esto es una broma de mal gusto. – A pesar de que quiso evitarlo, su voz salió temblorosa.

Silencio.

Eso era lo único que se escuchaba. Pedro se levantó de su silla y se dirigió al pasillo. Se quedó petrificado cuando con una figura al final de este, era una copia exacta de él. Mismo pelo, mismo cuerpo, mismos ojos, eran indiferenciables. Recordó en ese momento un término alemán, que hasta el momento le parecía absurdo, doppelgänger. Había escuchado que era el sosias malvado de una persona viva, algo que era igual que tú pero que poseía una personalidad malvada.

– Hola yo, supongo que si pensamos igual te habrás dado cuenta de lo que soy, sé que no soy tonto. Te preguntarás que qué hago aquí, pues bien, te lo contaré. Tras todos los crímenes que has resuelto, has pasado por muchos pensamientos horripilantes, pensamientos que ibas acumulando poco a poco, hasta que estos han explotado convirtiéndose en una bola de materia con una forma exactamente igual que tú, bueno, que yo. – Anunció aquella cosa con la misma voz de Escobar pero con un tono mucho más escalofriante. A Escobar le temblaban las piernas, a duras penas podía mantenerse en pie. – Obviamente soy yo el culpable de todos los asesinatos, aunque realmente no sé si ese nombre se adapta a lo que he hecho con todas ellas. A diferencia de los humanos, yo no pego de lujuria, lo único que les hacía a aquellas muchachas era arrancarles su tiempo de vida de raíz, de esta forma puedo vivir mucho más que un simple humano como tú. Esa es nuestra única diferencia humano, yo cumplo todo lo que pienso, tu te lo callas hasta explotar. Al final el más fuerte es el que gana, y creo que los dos sabemos que entre tú y yo hay una gran diferencia de poder. Me quedaré con toda tu esperanza de vida y además, como eres mi doble, si te absorbo, viviré eternamente en la inmortalidad. – Carcajeó esa cosa.

– No me puedes matar, sin mí no hay tú. – tembló Pedro.

– Siento decirte que eso no es cierto, si absorbo su vida seguirás viviendo, pero en un mundo más allá de lo que tu mente puede comprender. – Aquel monstruo se fue acercando lentamente, paso a paso. – Me quedaré con tu vida y seguiré viviéndola como si yo fuese tú, ¿no es eso lo que somos? ¿Iguales?.

Aquel monstruo ya estaba muy cerca de Pedro como para que él pudiese huir, mas no podía pues apenas se podía sostener en pie, sus piernas no respondían. La cosa le puso la mano en el cuello y

no elevó, a pesar de sus intentos desesperados por fugarse, aquello tenía demasiada fuerza, era imposible liberarse. Finalmente, dejó de moverse, su cuerpo cayó como un muñeco de trapo. Desde aquel día, Pedro Escobar Muñiz fue declarado principal sospechoso de seis asesinatos, incluyendo a Tomás Herrera. Actualmente está en busca y captura.

Mandarina - 4ºESO